

Abril 16/2004

AUGE DE LOS HISPANOS EN ESTADOS UNIDOS

Por Agustín Saavedra Weise

El tema de los llamados "hispanos" en Estados Unidos no es nada nuevo. Ya desde la época en que ese país conquistó vastos territorios mexicanos, tuvo que vérselas con una población nativa que se aferró a la tierra y no pudo ser expulsada, aunque fue por mucho tiempo duramente discriminada. Durante la década de los '60 del Siglo XX y como consecuencia de la revolución cubana, otro tipo de inmigrante de habla castellana llegó a las costas norteamericanas: esta vez fue una ola de cubanos educados (algunos bastante ricos) y que prácticamente casi coparon el estado de La Florida. A partir de ahí las sucesivas crisis en Centro América brindaron nuevas oleadas y, finalmente, muchos sudamericanos se fueron hacia el hemisferio boreal a tentar suerte ante las desgracias que debían soportar en sus atribulados países. Entre estas migraciones y la alta tasa de natalidad de los recién llegados, se tiene que ahora la población de habla española es la primera minoría en Estados Unidos, habiendo superado a los negros originarios de Africa, hoy llamados eufemísticamente "afro-americanos", único grupo racial de inmigración forzada como consecuencia de la horrible esclavitud que duró hasta 1861.

Anteriormente hubieron otras migraciones masivas hacia los Estados Unidos, siendo la más abundante la de los alemanes, seguidos por irlandeses e italianos. Los primeros inclusive llegaron a tener escuelas, periódicos y parlamentarios de habla germana. Pero existe una realidad geopolítica insuperable: a la larga el mar separa y con el tiempo, los descendientes de alemanes anglicanizaron sus nombres, olvidaron el idioma natal y se confundieron con el llamado "melting pot" (crisol) norteamericano. Un proceso similar – aunque con diferencias notables que por razones de espacio no cabe detallar ahora – sucedió con italianos e irlandeses, como también con el resto de los migrantes europeos. Además tenían algo en común: todos eran blancos.

El caso de los migrantes latinoamericanos ha sido tapa de la revista "Business Week" (15 de marzo) y ello demuestra la creciente influencia de este grupo, pese a sus notables diferencias entre sí, pero todos también con algo en común: se aferran tenazmente a sus costumbres, nombres e idioma. En el caso de estos inmigrantes, no hay océano que los separe, ya que la frontera es terrestre y a Cuba son poco más de 150 kilómetros de mar

abierto. No tienen prisa por renunciar a lo que ellos son. Y probablemente no lo hagan nunca.

En un país esencialmente racista (aunque la ley lo prohíba, es la verdad) como Estados Unidos y donde las clasificaciones étnicas están a la orden del día, desde un principio los demógrafos tropezaron con un obstáculo: ¿dónde y como clasificaban a un grupo compuesto por blancos, mestizos, indios, negros y mulatos? De ahí surgió lo de "hispano", término un poco tirado de los pelos, pero comprensible por aglutinar –mediante la lengua– a un grupo tan diverso.

Y es esta diversidad una de las ventajas de los hispanos. Ellos no son racistas; están acostumbrados a convivir y compartir en marcos multiraciales. No tienen mucha conciencia del color de la piel sino de sus rasgos culturales. En cambio, los negros de origen africano son demasiado conscientes de ser negros y los blancos venidos de Europa son demasiado conscientes de que ellos son negros. Esta versatilidad y falta de antagonismos de raza y color, es lo que le está dando a los hispanos un poder formidable, poder que poco a poco se va transformando en participación política y económica.

Conservadores neofascistas como Samuel Huntington se preocupan por el auge de los hispanos y su "aculturalización". Hay otros más moderados que piensan que EE.UU. también terminará incorporando a este grupo en su crisol. La verdad está en este caso en una zona gris. Desde mi modesto punto de vista, creo que los hispanos no olvidarán jamás lo que son, pues se encuentran demasiado cerca de sus orígenes; no tuvieron que cruzar el Atlántico para llegar. Por otro lado, la masa hispano parlante contribuirá –quizá– a una mejor comprensión en USA de los problemas e idiosincrasia peculiares de América Latina.

Veremos que sucede en el futuro. Los hispanos ya no son unos cuantos mexicanos pobres que cruzaban subrepticamente el río Grande a nado y por eso eran llamados despectivamente "espaldas mojadas". Son un poder real y un poder que tiende a crecer. El auge de lo hispano parece imparable, aunque a muchos "gringos" de raíz anglosajona eso no les cause mucha gracia y a los afroamericanos menos.

-----0000-----